

KEPU CAT THE PINKFATE

El caso del reloj intergaláctico





El caso del reloj intergaláctico

© PinkFate, 2023
© Kepu The Cat, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 08034 ,664-662 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta e interiores: © Pablo Velarde, 2023
Diseño de interiores: María Pitironte
© Recursos gráficos de interior: María Pitironte, a partir de los originales de Shutterstock

Primera edición: junio de 2023

ISBN: 978-84-270-5116-4
Depósito legal: B. 2023-9.589
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Huertas, S. A.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 47 04 272 93 / 70 19 702 91.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



ÍNDICE

8

12

28

42

58

72

90

108

122

136

152

170

INTRODUCCIÓN
EL DIARIO DE LA MAÑANA

CAPÍTULO 1
EL PRIMER DÍA DE COLE

CAPÍTULO 2
EL SECRETO MEJOR GUARDADO DE MAMÁ

CAPÍTULO 3
UN RELOJ... ¿ALIENÍGENA?

CAPÍTULO 4
UN PLANETA MUY DULCE

CAPÍTULO 5
EL PLANETA DE LOS VIDEOJUEGOS

CAPÍTULO 6
LA CAZA DEL HUEVO

CAPÍTULO 7
EL PLANETA DONUZ

CAPÍTULO 8
EL REENCUENTRO

CAPÍTULO 9
¡CUIDADO CON LA GASEOSA!

CAPÍTULO 10
UNA DURA DESPEDIDA

EPÍLOGO
NO EXISTEN LOS FINALES FELICES



CAPÍTULO 1

EL
PRIMER
DÍA
DE COLE

EL PRIMER DÍA DE COLE siempre es emocionante. Libros, lápices nuevos, conocer a tus compañeros... Kepulín, en este sentido, no era diferente, así que lo primero que hizo aquella mañana fue bombardear a su madre a preguntas mientras caminaba por la calle abarrotada de gente.

—Mamá, mamá. ¿Crees que la profesora será simpática? ¿Cuántos alumnos habrá en mi clase? ¿A qué hora suele ser el recreo?

Eleria miró a su hijo con ternura. Todavía recordaba lo nerviosa que se había puesto ella en su primer día de cole.

—Tranquilo, cielo. Para el recreo todavía queda mucho tiempo.

—Pues es un problema —dijo el niño babeando—, porque me está viniendo el olor a choricillo de mi bocadillo y se me está haciendo la boca agua.

Su madre soltó una carcajada.

—Tú siempre pensando en comer. ¡No tienes remedio!

—¿Crees que les gustaré a los otros niños?

—**CLARO QUE SÍ,** cielo. Eres alguien muy especial —dijo su madre llena de orgullo.

—¡Ah, es verdad! A veces me olvido de lo pro que soy. Gracias por recordármelo —fanfarroneó.

—Cuando dices esas cosas me recuerdas tanto a tu padre... Si él estuviera aquí, seguro que estaría igual de emocionado que tú.

—¡Me habría encantado conocerlo! —comentó Kepulín con nostalgia mientras saltaba de pintura en pintura en un paso de cebra.

Eleria tenía sentimientos encontrados. Por un lado, estaba superemocionada de que su único hijo fuese por primera vez a la escuela, pero, por otro, le aterraba alejarse de él. No había sido sencillo compaginar el trabajo de detective con la responsabilidad de criar a un niño tan inquieto. Y menos tras la pérdida de su marido.

De repente la mirada de Kepulín se posó en la nueva tienda de dulces que había abierto a la vuelta de la esquina.

—**¡MIRA, MAMÁ!** Qué buena pinta tiene la rosquilla de ese cartel, ¿no? — exclamó el pequeño.

—Sí... me resulta familiar... —asintió la madre con un deje de nerviosismo en la voz—. Parece que están reformando de nuevo el local.



—Oh, ¡qué bien! ¡Van a abrir una nueva tienda de rosquillas y además nos pilla de camino al cole! ¿Me compras una para el almuerzo?

—Me temo que no, peque —dijo la madre tajante.

—**¿POR QUÉ?** —preguntó el niño sin comprender nada.

Eleria no respondió. Estaba demasiado asombrada. Aquella era la tienda donde había detenido a Benito cinco años antes. Pero ¿cómo era posible? Después de todo lo que ocurrió, había cerrado. Entonces, ¿qué estaba pasando? ¿Había vuelto a abrir? ¿Qué significaba eso? ¿Que toda la pesadilla volvería a empezar? Eleria no tenía respuestas a esas preguntas, pero estaba claro que tendría que tener mucho cuidado a partir de ahora. No se podía confiar.

—No te preocupes —le dijo a su hijo disimulando—. No es nada. Cosas mías.

No había terminado de decir esas palabras cuando, de pronto, su teléfono comenzó a sonar.

—Sí. ¿Dígame?

—**¡SE HA ESCAPADO!** —exclamó una voz al otro lado del teléfono—. Tienes que venir cuanto antes.

Era Ramón, el compañero de trabajo de Eleria, y parecía muy nervioso.

—Espera un momento —dijo ella sin entender nada—. ¿De quién hablas? No será...

La mujer hizo una pausa; deseaba estar pensando en la persona equivocada.



—Sí. Es él —respondió Ramón—. Benito.

—**¡PERO ESO ES IMPOSIBLE!** —dijo Eleria alarmada—.

Yo misma reviso todas las semanas las condiciones de la celda. El preso estaba atado, hay cuatro puertas de seguridad y diez de los mejores tiradores de la agencia custodiano la única entrada. ¿Estáis seguros?

—Me temo que sí. No hay rastro de él. Las cámaras se han apagado cuatro segundos y ya no estaba. Los guardias dicen que oyeron una voz y, al entrar, ya no había nadie. No sabemos cómo, pero ha escapado.

Al oír aquellas noticias, la cara de Eleria palideció como si hubiese visto un fantasma.

—**¡ESTÁ BIEN!** Voy a dejar a mi hijo en la escuela y voy para allá inmediatamente. No hagáis nada hasta que yo llegue. ¿Entendido?

—Sí, claro.

Tras una breve pausa, la madre colgó el teléfono y se quedó pensativa.

—¿Te pasa algo, mami? —preguntó Kepulín—. Vamos a llegar tarde. **¿QUIÉN ERA?**

—Nada, cielo, cosas de trabajo —dijo intentando disimular su preocupación.

—Si tienes que ir a cazar malos, no te preocupes por mí. Puedo llegar solo a la escuela, ya estamos muy cerca.

Eleria miró a su hijo con ternura.



—Es verdad. A veces me olvido de que ya eres todo un hombrecito.

Tras decir esto, se agachó y lo estrechó entre sus brazos. Luego le dio un beso en la mejilla dejándole restos de carmín en el moflete.

—**¡AY!** ¡Me has manchado mi preciosa cara! —se quejó Kepulín.

La madre sonrió divertida y observó cómo su hijo se limpiaba el pintalabios con la manga de la camiseta.

—Te veré más tarde. Pásalo bien. Te quiero.

—Vale, mami. ¡Hasta luego!

Eleria se levantó y se quedó unos instantes mirando cómo su pequeño se alejaba. De repente, se acordó de algo.

—¡Kepulín, espera! —gritó alzando la mano.

—Sí, mamá... Tendré cuidado.

—No, no es eso. Quiero decir... Sí, claro, ten cuidado, pero quería darte algo.

—**¿EL QUÉ?**

Eleria metió la mano en el bolso y sacó un artilugio muy extraño. Era una especie de reloj de bolsillo antiguo con unos símbolos enigmáticos.

—Toma, peque. Guarda esto como si se tratase del bocadillo más rico que jamás hayas probado.

Kepulín miró extrañado el reloj que su madre le ofrecía.

—¿Es para comer?

—No, hijo. Solo quiero que me lo guardes hasta que vuelva a buscarte.

—**¿POR QUÉ?**

—Por nada, es solo que quiero que lo tengas por si me pasa algo, pero no se lo digas a nadie. Este reloj es especial. Está fabricado con una tecnología muy evolucionada. Todavía no sé cómo funciona, pero tengo claro que en las manos equivocadas sería muy peligroso, así que ten mucho cuidado y no...

De pronto, Kepulín echó a correr detrás de un perro que tenía una mancha con forma de salchicha en el lomo.

—**¿ADÓNDE VAS?**

—¡Mira, mamá! ¿Has visto este perro? ¡Tiene un tatuaje de una salchicha en la espalda! ¡Yo quiero uno igual! ¡Y un perro también!

—¡Sí, hombre! ¡De tatuajes nada!

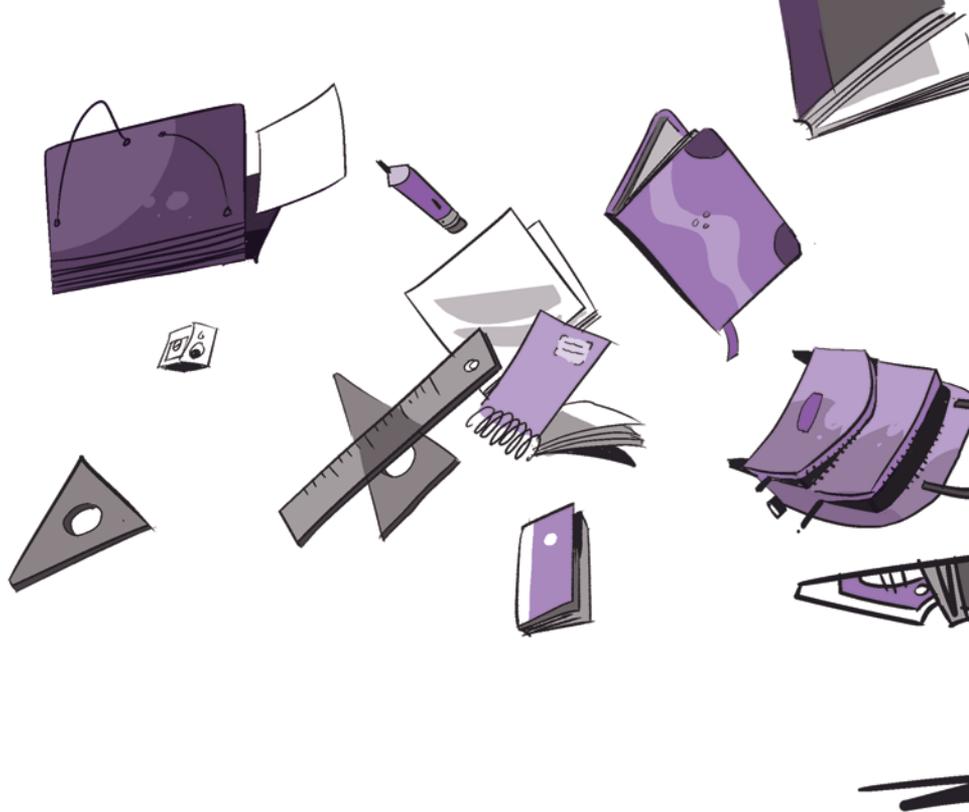
—Entonces, ¿vamos a tener un perro?

La madre lanzó un suspiro cansada.

—Kepulín, no cambies de tema. Esto es importante.

—Que sí, mamá, que no se lo diga a nadie y que me lo coma si tengo hambre —bromeó Kepulín—. Venga, me voy o no llegaré nunca.





—Vale, peque, vendré a buscarte cuando salgas.

Tras decir esto, Kepulín echó a correr hacia la escuela, pues lo único que le preocupaba en ese momento era no llegar tarde. Justo cuando atravesaba a la entrada, oyó el timbre que indicaba el inicio de las clases.

RRRRRIIIINNNGGGGG

«¡Oh, Dios mío! ¡Ya es la hora!», pensó Kepulín mientras corría a toda velocidad por los pasillos de la escuela. Cuando llegó al final del edificio, torció la esquina, pero enseguida sintió un fuerte golpe en el pecho que hizo que todas sus cosas salieran volando.



—**¡¡AY!!**—dijo una voz infantil enfadada—. ¿Quién puede ser tan pazguato como para *chocar* conmigo?

—¿Pazguato?—preguntó Kepulín levantándose y recogiendo los libros—. ¿Qué es eso?

—¡Eztá clarísimo!—exclamó la niña con enojo—. ¡Tú eres un pazguato! Y, ahora, apártate de mi camino, que llego tarde a Primero C.

—**¡ANDA, QUÉ CASUALIDAD!** ¡Yo también llego tarde a Primero C! Por cierto, me llamo Kepulín—dijo el niño extendiendo la mano.

—Puaghh, ¡qué azco! ¡No *pienzo* darte la mano! ¡*Tienez* la manga manchada! —comentó la niña arrugando el entrecejo y sacando la lengua.

—Oh, sí... Verás..., es el pintalabios de mi mamá.

Mientras decía eso, Kepulín se agachó para recoger el reloj que le había dado Eleria, pero la niña se le adelantó.

—¡Hala! ¡Qué aparato *máz* chulo!

—¡Eh, tú! ¡Dame eso! —gritó Kepulín.

—¡Ni hablar! ¡*Ez* un reloj muy monoooo! ¿Me lo *daz*?

—**¡NO! ¡ES MÍO!**

Kepulín intentó quitarle el reloj a la niña, pero esta no se dejó, así que se pusieron a forcejear. En medio de la pelea, el reloj empezó a proyectar unas luces de colores. Ambos niños se asustaron y lo soltaron a la vez. El dispositivo cayó al suelo y se apagó de golpe.

—¡No! ¡Ya lo has roto! —dijo Kepulín a punto de llorar mientras se agachaba a recogerlo.

—¡Pero *zi haz zido* tú! —se excusó la niña—. *Ademáz*, no *eztá* roto, *zolo ze ha enzuciado* un poco.

—¡Menos mal! Le prometí a mi mamá que lo guardaría como si fuese el bocadillo más delicioso del mundo.

—**¿CÓMO?** ¿Te lo *vaz* a comer?

Antes de que Kepulín pudiera responder, se abrió una puerta en el pasillo. Era del aula de Primero C. Una señora mayor con muy mal humor salió al pasillo y miró a los dos niños.



—¿Se puede saber qué hacéis de charla en el pasillo? ¿No sabéis que ya han empezado las clases? ¡Venga, id a vuestra aula de inmediato!

—¡Pero si no sé cuál es! —se quejó Kepulín.

—Yo tampoco —contestó la niña con tono inocente.

—A ver, decidme vuestros nombres.

—Yo me llamo Kepulín.

—Y yo Pinky.

—Pues entrad en mi clase. Os estaba esperando —informó la profesora mientras hacía un gesto para que pasasen.

—Uuuuuuhhh, menuda bruja... —susurró Pinky al oído de Kepulín.

—¡CALLA, QUE TE VAA
OÍR! —dijo este.

Los dos jóvenes entraron en el aula. Solo quedaban dos sillas en la última fila, una al lado de la otra.

—Sentaos allí al fondo. Son los asientos de los que llegan tarde —ordenó la profesora.

—Genial... Encima me tengo que *zentar* contigo —dijo la niña con tono irónico.

—A mí tampoco me hace gracia estar a tu lado —comentó Kepulín enfadado.

—**¡SILENCIO!** —gritó la maestra con tono iracundo—. ¡No solo llegáis tarde, sino que encima os ponéis a hablar! ¡Pues como castigo os quedaréis sin recreo!

Al oír las palabras de la profesora, Kepulín se volvió hacia Pinky aterrorizado.

—Entonces, ¿no voy a poder comerme mi bocadillo de chorizo?

—Menudo pazguato... —susurró la niña con cara de indiferencia.

Los dos jóvenes se sentaron de brazos cruzados, sin mirarse. Las siguientes tres horas, Pinky se las pasó dibujando a su nuevo compañero en su libreta, rodeado de moscas y con cara de caca. Kepulín, que se dio cuenta, pasó el rato lanzándole todo tipo de proyectiles improvisados: trozos de goma, bolitas de papel y hasta un trozo de su preciado bocadillo de chorizo.

Cuando por fin sonó el timbre del recreo, todos los niños salieron disparados, incluidos Pinky y Kepulín, pero una fuerza extraña les impidió avanzar. Era la profesora, que les estaba agarrando de la camiseta.

—**¡ALTO AHÍ!** ¡Os recuerdo que estáis castigados! —dijo la profesora—. Así aprenderéis a no llegar tarde y a no pelear en clase. Yo me marcho a comer mi sándwich vegetal, así que voy a cerrar la puerta del aula. Nos vemos en media



hora. Como no os portéis bien, mañana tampoco tendréis recreo.

La profesora se marchó y les lanzó una mirada aterradora desde el otro lado de la puerta mientras giraba la llave para dejarlos presos en esa cárcel improvisada.

Tras dos segundos de silencio, Pinky se volvió hacia Kepulín.

—**¡BUUUUUUUHHH!** ¡Todo ezto ez por tu culpa!

—Pero... ¿qué he hecho yo? —preguntó Kepulín con la boca llena de pan y chorizo.

—**ANDA**, ¿cuándo *haz* empezado a comerte el bocadillo? —exclamó la niña asombrada—. ¡Zi la profe ze acaba de ir!

—Un mago nunca revela sus trucos —fanfarroneó el chico mientras lanzaba un cacho de chorizo a la cara de Pinky.

—¡Qué *azco!* —gritó la niña—. *Zeguro que no tienes muchos amigos* haciendo *cozaz* *azí*, ¿verdad?

—Pues sí —dijo Kepulín—. ¿Cómo lo has adivinado? ¿Eres maga? ¿Quieres ser mi amiga?

—¿Por qué debería *zerlo?*

—Porque soy un pro en todo lo que hago. Además, mi mamá es una superdetective que lo flipas. Investiga crímenes y sucesos extraños.

—Oh, ¡qué *interezante!* ¿Y no ha *inveztigado* por qué *erez* tan pazguato? —bromeó.



—**¡DEJA DE LLAMARME PAZGUATO!**

—Vale, *eztá* bien... *Zeré* tu amiga, pero...

—Pero ¿qué? —pregunto Kepulín entusiasmado por tener una nueva compañera.

—Pero *ziguez ziendo* un pazguato —dijo mientras le sacaba la lengua.

Ellos no lo sabían, pero ese era el comienzo de una amistad... Un poco extraña, sí, pero amistad al fin y al cabo.

